GABRIEL MERINO

La Hermana de la Caridad

COMEDIA

EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.º

1901

Al aplaudido actor Lucilio Martínez, recuerdo afectuoso de

Gabriel Merino

LA HERMANA DE LA CARIDAD

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

624:9

GABRIEL MERINO

LA HERMANA DE LA CARIDAD

COMEDIA

EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 12 de Abril de 1901

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1901

A la santa memoria de mi madre queridísima.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA JUANA.....	SRA. VALVERDE.
CECILIA.....	SRTA. SUÁREZ.
ADRIANA.....	DOMUS.
DON JACINTO.....	SR. LARRA.
PABLO.....	MORANO.
ANICETO.....	SANTIAGO.

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO ÚNICO

La escena representa el jardín de un hotelito ó finca de recreo en un pueblo de los alrededores de Madrid. La fachada principal se ve en el primer término del lateral izquierda, con puerta de entrada sobre la escena. Verja elegante al foro, con puerta en el centro. Macizos de yerba, plantas y macetas con flores. Mecedoras y varias sillas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JUANA, sentada en una mecedora y leyendo un periódico. DON JACINTO, que aparece por la parte exterior de la verja, y se detiene en la puerta

JAC. Buenos días. ¿Hay permiso?
JUANA Adelante. ¡Tanto bueno
por aquí! (Levantándose.)
JAC. (Dándole la mano)
¿Como está usted?
JUANA Pues... pasando.
JAC. Eso no es cierto;
usted no *pasa*; al contrario;
se conserva usté *en su juego*
y ha sabido usté, además,
plantarse en un punto bueno.
JUANA ¡Siempre de tan buen humor!
JAC. Es lo único que conservo.
¿Y Adriana? (Sentándose ambos.)
JUANA No tardará;

ha salido de paseo
con Cecilia.

JAC. Hombre, ¿está aquí
Cecilia?... ¡Cuánto me alegro!
¡Vaya una chica simpática!

JUANA Es favor...

JAC. No, nada de eso...
justicia seca; Cecilia
es una mujer de mérito,
trabajadora, modesta,
con hermosos sentimientos...
¡Si hubiera muchas así,
no estaría yo soltero!

JUANA Pues, hombre, atrévase usted...

JAC. No, señora, no me atrevo;
me sobran algunos años
para aspirar á ese puesto.

JUANA A usted no hay ya quien le pesque.
(Con guasa.)

JAC. Ni ahora ni en mis buenos tiempos.
Francamente, al matrimonio
siempre le he tenido miedo.

JUANA ¡Ay, hijo, pues ni que fuera
un suplicio!

JAC. Poco menos.

JUANA Si pensaran así todos,
se lucía el bello sexo.

JAC. Pues por decirlo no queda,
porque yo, en cuanto me encuentro
alguno que está *en peligro*...
ya estoy *al quite*.

JUANA ¡Pues eso
es una barbaridad,
dicho sea con respeto!
Que usted tenga sus ideas,
bueno, está usté en su derecho...
pero debe usted guardárselas
y no ir haciendo prosélitos.

JAC. ¡Ah, es una sabia doctrina!

JUANA ¡Pues están los hombres buenos
para tales propagandas!...
Como se pongan de acuerdo
las muchachas casaderas,
van á pedir al Gobierno

que le destierren á usted
por... inmoral.

JAC. Nada de eso;
usted se confunde; yo
no hablo mal del Himeneo;
lo que yo digo, y repito,
es que no todos tenemos
vocación para casados,
y por eso, antes de hacerlo,
debe pensarse con calma.

JUANA ¡Ah, vamos! Y usté es soltero
porque lo está usted pensando
todavía... (Con sorna.)

JAC. No lo pienso;
hace ya bastantes años
que adquirí un convencimiento;
para ser un mal casado,
vale más ser buen soltero.

JUANA Si usted no se explica más...
francamente, no le entiendo.

JAC. Pues es una teoría
que tiene su fundamento.
Que se casen dos personas
llenas de entusiasmo y fuego,
después de quererse mucho
y tratarse mucho tiempo
y haberse dado los dos
pruebas de seguro afecto,
es cosa que Dios bendice
y que yo aplaudo y comprendo.
Pero aceptar, como ocurre
mil veces, el yugo eterno
por un capricho no más,
por un gusto pasajero,
por unos ojos bonitos
ó por un bigote negro,
por conveniencia unas veces,
por amor propio, ó por celos,
ó por «dar en la cabeza»
con la boda á Juan ó á Pedro,
eso es una atrocidad
que convierte en un infierno
el hogar y la familia,
y el matrimonio, ¡y el verbo!

¡Casi todos los suicidios
obedecen siempre á eso!

JUANA ¡Don Jacinto, usté es terrible!

JAC. ¡Quiá! Los terribles son ellos;
los que se casan... por gusto,
sin prepararse con tiempo.

JUANA De modo que para usted,
antes de ir al Himeneo,
será preciso un examen... (Riendo.)

JAC. Justo, el examen de ingreso;
un curso preparatorio,
un examen... que, por cierto,
debía de hacer Adriana.
(Con reserva.)

JUANA ¡Vamos, ya pareció aquello!
Usted cree que mi hija...

JAC. Vaya. ¿Pues no he de creerlo?
Adriana no quiere á Pablo...

JUANA ¿No ha de quererle?...

JAC. Lo niego;
se casa con él tan sólo
porque es guapo; porque ha hecho
mil proezas en la guerra;
porque es un hombre de mérito
y porque puede *lucirle*
cuando vayan de paseo,
haciendo rabiar á muchas
que le tendieron su anzuelo ..
Pero, ¿de aquí?... (El corazón.)
¡No, señora!

JUANA ¡Don Jacinto!...

JAC. Yo lo siento;
pero, antes que nada, soy
un amigo verdadero
de ustedes y del muchacho,
y, francamente, yo creo
que es un deber advertirles
de todo ló que yo pienso.
Ya sabe usted que conozco
á Pablo desde pequeño,
que soy su segundo padre,
su tutor, su consejero;
que trato también Adriana
hace ya bastante tiempo;

que he estudiado su carácter
y que sin cesar la observo...
Pues bien: sé que si se casan
vivirán en un infierno.

JUANA Pero, ¿por qué?

JAC. Porque tienen
caracteres muy opuestos;
porque es ligera y voluble,
y... en resumen, porque entiendo
que no está bien preparada (Levantándose.)
para el examen de ingreso.

JUANA Pero, ¿usted qué sabe?

JAC. ¡Vaya!
Yo le probaré que es cierto
para que usted se convenza.
(Ruido de risas dentro.)

JUANA Ella se acerca. (Mirando al fondo.)

JAC. ¡Silencio!

ESCENA II

DICHOS, ADRIANA, CECILIA y ANICETO, por el foro muy alegres.

CEC. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! ¡Tiene gracia! (Riendo todos.)

ADRIA. Es el diablo este Aniceto. (Desde la verja.)

JAC. Buenos días. (En voz alta á los que vienen.)

ADRIA. Don Jacinto,
¿usted por aquí?... (Saludando.)

JAC. Ya veo
que se divierten ustedes.
¿Qué tal? (A Cecilia.)

CEC. Muy bien.

ANIC. (A don Jacinto, inclinándose.) ¡Caballero!...

JUANA (Presentándole.)
Don Jacinto, mi abogado.

JAC. Servidor.

JUANA (A Jacinto.) Don Aniceto,
un muchacho muy alegre,
la aristocracia del pueblo.

JAC. Tanto gusto. (Saludándose.)

ANIC. El gusto es mío.

ADRIA. Es un chico muy dispuesto;
por él no nos aburrimos,

ANIC. Mil gracias por el requiebro.
JAC. (Aparte.)
¡Vamos, sería milagro
que no hubiese alguno *en juego!* (Con malicia.)
ANIC. (A Jacinto.)
¿Piensa usté estar muchos días?
JAC. Tres ó cuatro.
ANIC. Es poco tiempo;
porque aquí nos gusta mucho
obsequiar al forastero.
Verá usted qué bien lo pasa;
por las mañanas al cerro,
dos kilómetros de cuesta
por un caminito lleno
de ortigas y zarzamoras
y de cardos borriqueros.
(Asombro cómico de Jacinto.)
Llegará usté algo cansado,
pero, no importa, eso es bueno...
y una vez arriba... ¡qué
panorama tan soberbio!...
La huerta del tío Matías,
el campanario del pueblo,
el arroyo donde lavan,
un rebaño allá á lo lejos,
el sol cayendo de plano
y el sudor también cayendo...
¡en fin, la mar de bonito!
(Gestos de Jacinto.)
Se descansa allí un momento
y se empieza á descender
aunque por el lado opuesto.
La bajada es peligrosa,
pero, conmigo no hay miedo;
lo más que puede ocurrirnos
es rodar ocho ó diez metros
¡pero eso sienta muy bien
en ayunas!
JAC. ¡Ya lo creo!
ANIC. Se almuerza divinamente
y al terminar el almuerzo,
nada de siesta, que es malo,
la sombrilla y de paseo
otra vez; á ver las eras

y á trillar, que es muy higiénico
y se llena de alegría...
¡y de paja todo el cuerpo!
Por la noche, *peregila*,
juegos de prendas y cuentos,
y á la mañana siguiente...
pues, nada, otra vez al cerro,
dos kilómetros de cuesta,
¡siempre subiendo y subiendo!
¿Eh? ¿qué le parece á usted?
Así es como comprendemos
aquí la hospitalidad.

JAC. No, y yo también lo comprendo;
¡como que con esa vida
va uno al *hospital* derecho!

ADRIA. Bien; hablemos de otra cosa;
¿hay noticias del viajero? (A Jacinto.

JAC. Sí, señora; está al llegar.

ANIC. ¡Caramba, cuánto me alegro!

JAC. ¿Que se alegra usted?

ANIC. ¡Pues claro!
¡Quiero ver á ese portento,
á ese Apolo, á ese Narciso,
que debe ser un modelo
de belleza! (Con sorna.)

JAC. (Aparte, impaciente y blandiendo el bastón.)
¡Como sigan
las burlas le rompo un hueso!

ANIC. (A Juana.)
Usted no sabe, señora,
los elogios que está haciendo
Adriana continuamente
de su novio.

JAC. ¡Ya lo creo!

ADRIA. ¡Y con razón!

JUANA Es justicia.

CEC. Sí, señor; Pablo es muy bueno.

JUANA Y generoso.

JAC. Y valiente.

ANIC. No, no dice nada de eso;
calla sus prendas morales,
pero lo que es como apuesto
y guapo, vamos, le pone
que no hay por dónde cogerlo.

Y... francamente, señora,
como uno no es así feo
del todo... pues, la verdad,
¡molestan tantos requiebros! (Todos ríen.)

ADRIA. Tiene gracia.

JUANA (Aparte.) ¿Será tonto?

JAC. (Aparte.)
¡Vamos, este chico es memo!

CEC. Y diga usted, ¿cuándo viene? (Con interés.)

JAC. Está en Madrid.

ADRIA. ¿Pero es cierto?

JAC. Llegó ayer y me ha encargado
que le guardase el secreto
porque quiere sorprenderla,
mas yo he venido hoy primero
con el fin de prepararles...

ADRIA. Y ha hecho usted bien.

JUANA ¡Ya lo creo!

ADRIA. ¿Ves qué disgusto tan grande? (A Juana.)
(Muy contrariada.)

JAC. ¿Qué sucede?

ADRIA. Un contratiempo.

JAC. Hable usted.

ADRIA. Pues la modista,
que hace seis días lo menos
quedó en probarme los trajes
y no viene.

JAC. Ah, sí, comprendo;
(Con guasa.)
¡es una desgracia horrible!
¡No tener un traje nuevo
para recibir al novio!

ADRIA. No, don Jacinto, no es eso;
es que Pablo me encargaba
que lo tuviese dispuesto
todo para hacer la boda
en pocos días.

JAC. Sí, entiendo;
por lo visto, corre prisa,
¿verdad?

ADRIA. Así es su deseo.

CEC. ¿Y cómo viene? (Con interés.)

JAC. (Entusiasmado.) Hecho un héroe
y luciendo sobre el pecho

varias cruces que atestiguan
su noble comportamiento.

ADRIA. ¿Y grados? (Con gran interés.)

JAC. Los que llevó.

ADRIA. ¿No ha tenido ni un ascenso?

JAC. No, señora.

ADRIA. ¡Qué fastidio!
(Contrariada y con cierto desdén.)

JAC. ¿Pero usté aprecia los méritos
de su futuro, por *grados*,
como el aguardiente bueno?

ADRIA. No, pero es de lamentar;
después de tantos esfuerzos...

JAC. (Aparte.)
Nada, lo dicho; esto me hace
insistir en mi proyecto.
Pues ahora, si le parece
(A doña Juana.)
hablaremos de su pleito.

JUANA Sí, señor: como usted quiera;
venga usted; vamos adentro.
(Dirigiéndose al hotel.)

ANIC. Yo, con permiso de ustedes
me retiro. (A Jacinto.) Caballero,
he tenido tanto gusto...

JAC. Igualmente; yo celebro... (Saludándose.)

ADRIA. (A Aniceto.)
No tarde usted.

ANIC. (A Adriana.) ¡Adiós preciosa!...
¡Señora!... (A Juana dándola la mano.)

JUANA Adiós.

ANIC. (A Cecilia.) Hasta luego.
(Saluda cómicamente desde la verja. Mutis foro.)

ADRIA. (A Juana y Jacinto.)
¡Vayan ustedes con Dios!

JAC. Pase usted.
(Dejando paso á Juana, primera izquierda.)

JUANA (Al mutis.) Pronto volvemos. (Vanse.)

ESCENA III

ADRIANA y CECILIA

CEC. Recibe mi enhorabuena.
ADRIA. ¿Por qué?
CEC. Pues por el regreso
de tu novio.
ADRIA. ¡Ah, sí, es verdad...
pobrecillo... ya era tiempo...
de que volviese; dos años
de campaña!...
CEC. ¡Cuántos riesgos
y cuántas penalidades!...
ADRIA. ¡Ay, hija, y cuántos correos
de llenar ocho carillas
sin gana y sin argumento!
CEC. ¿Y tú sabías su vuelta? (Se sientan.)
ADRIA. Me la anunciaba hace tiempo,
más sin decirme la fecha
exacta, y claro, por eso
he venido aquí á esperarle.
CEC. ¿Por eso?... No te comprendo...
ADRIA. Quiero que al llegar, me encuentre
retirada en este pueblo;
así creerá que vivo
consagrada á su recuerdo
nada más; lejos del mundo...
esto le hará buen efecto,
¿no es verdad? (Sonriendo.)
CEC. ¡Pero, muchacha!...
ADRIA. El es celoso y no quiero
que el pobre pueda alarmarse,
¿comprendes?...
CEC. Sí, ya comprendo;
hay que evitar el contacto
y tomas por lazareto
esta quinta donde el novio
en absoluto aislamiento
(Con intención.)
purgará la peligrosa
cuarentena del regreso.

ADRIA. Justo. Sí, algo parecido;
los celos son epidémicos
y es preciso combatir
el foco en su nacimiento. (Con malicia.)
(Pausa corta.)

CEC. Adriana... tú no le quieres,
¿verdad?

ADRIA. Sí, mujer, le quiero;
pero en nuestras relaciones
ha habido muy poco tiempo
para llegar á ese grado
de pasión que echas de menos.
Se me declaró el muchacho,
que era en verdad, muy apuesto,
y yo le dije que sí,
francamente, lo confieso,
tan solo porque rabiaran
las de Gil y las de Vierzo
y todas las que querían
pescarle.

CEC. Sí, ya recuerdo.

ADRIA. Me interesó en un principio,
y á los dos meses y medio,
cuando empezaba á tomarle
cariño, vino un sorteo
y á Filipinas; ya ves
que después de tanto tiempo
sin más comunicación
que un retrato y el cartero
no es posible que este amor
haya seguido en aumento.

CEC. En tí no; pero él en cambio
está loco.

ADRIA. Sí, eso es cierto;
sus cartas reflejan todas
la pasión que hay en su pecho.

CEC. ¿Recuerdas su despedida? (Con interés.)
Bajó á la estación, sereno,
con la sonrisa en los labios,
alegre y dicharachero;
allí estaban sus amigos,
su madre, los compañeros,
personas que profesaban
(Con pasión mal disimulada.)

á Pablo entrañable afecto...
De todos se despidió
muy tranquilo y muy entero;
ni la angustia de su madre
le hizo turbarse un momento...
¡sólo al estrechar tu mano
tembloroso y en silencio,
se le vió palidecer;
te miró con embeleso,
con expresión amorosa
de infinito sufrimiento...
y luego... ví que dos lágrimas
nublaban sus ojos negros!
(Conmovida y con expresión de tristeza y entusiasmo.)

ADRIA. ¡Es verdad, no lo he olvidado!

CEC. ¡Parece que le estoy viendo!
(Aparte y con pena.)
¡Qué lástima de cariño
para tan mezquino empleo!

ADRIA. En fin, ya todo ha pasado.
(Levantándose.)

CEC. Por fortuna salió ileso, (Idem.)
ya está aquí, y dentro de poco
nos daréis un día bueno.

ESCENA IV

DICHAS y DON JACINTO por la primera izquierda.

JAC. Adriana.

ADRIA. ¿Qué hay, don Jacinto?

JAC. Su mamá, que entre un momento.

ADRIA. Voy. Con permiso de ustedes (Mutis)

ESCENA V

CECILIA y DON JACINTO

JAC. Y yo con usted me quedo
porque si no la molesta
tenemos que hablar los dos.

CEC. ¿Molestarme? No, por Dios,

hable usted, ya estoy dispuesta
á oirle con el placer
y el gusto que usted merece.

JAC. Muchas gracias. (Pausa.) Me parece
que nos vamos á entender. (Sentándose.)
¿Me dirá usted la verdad?

CEC. Nunca mentir me ha gustado,
y á usted creo que le he hablado
siempre con sinceridad.

JAC. Es cierto.

CEC. Pues ya le escucho.

JAC. Su buena intención me abona,
y he de hablar de una persona
que le interesa á usted mucho.
(Mirando con recelo hacia la izquierda.)

CEC. De mi prima... ya lo sé.

JAC. No, no es de ella de quien hablo;
me refiero á Pablo. (Muy recalcado.)

CEC. (Entre sorprendida y emocionada.)
¿A Pablo?... (Pausa corta.)

JAC. ¿Por qué se sorprende usté?...
¿No le interesa?...

CEC. Es verdad,
pero yo había creído...
(Con cierta turbación.)

JAC. Conste que hemos convenido
en que haya sinceridad.
Hablemos, pues, sin temor;
sea usted franca conmigo;
mire usted en mí un amigo,
un hermano, un confesor.
(Con gravedad cómica.)

CEC. Don Jacinto, yo no debo...

JAC. No me niegue que algún día
ese corazón latía
por un gallardo mancebo

CEC. ¿Cómo?...

JAC. Y si en su desagrado
no temiera yo incurrir
aun me atrevía á decir
que el fuego no se ha apagado.

CEC. Basta; ¿para qué traer
cosas que están en olvido,
que con el tiempo se han ido

y que nunca han de volver?
No niego que en los albores
de la vida, juntas fueron
nuestras almas y aprendieron
unidas á hablar de amores;
sé que el chico me gustaba
y que amarme parecía
y sé que yo me ponía
contenta cuando él me hablaba,
más todo aquello fué en vano;
pues resultó su cariño,
pasatiempo, amor de niño,
nubecilla de verano.
Pablo comenzó á brillar,
cambió de pronto su vida,
y yo seguí obscurecida
con mi madre y en mi hogar.
Adriana, le fascinó,
para él era un gran partido...
no me extraña, ella ha valido
siempre mucho más que yo.

JAC. Modestia pura.

CEC. No tal;
lo digo como lo siento;
ella reune talento
hermosura y capital;
yo... ¿qué le puedo ofrecer?
¿Amor?... Pues no le conviene,
porque para amor ya tiene
el amor de otra mujer.
Así, pues, ¿para qué hablar
de cosas que ya han pasado?
Pablo al fin ha regresado
y pronto se han de casar. (Levantándose.)
Su vida será un Edén,
Dios bendecirá esta unión
y si ellos felices son...
(Conmovida pero procurando disimular su tristeza.)
¡Yo... seré feliz también!

JAC. ¡Bravo!. . pero... ¡ojo!... que aquí
entra lo más importante. (Levantándose.)
(Con misterio y después de mirar por todas partes.)

CEC. Ella ¿le quiere?
(Después de dudar.) Bastante.

JAC. ¿Como usted? (Acercándose y con intención.)
CEC. (Reprimiendo un primer impulso de negativa, y disimulando. Transición.)
Puede que sí.
JAC. (Con cariñoso reproche.)
¡Embustera!
CEC. ¿Cómo?...
JAC. Nada;
que es usted muy cariñosa
y que me oculta una cosa
que no debe ser callada.
CEC. Don Jacinto...
JAC. Yo he estudiado
á su prima, y, la verdad,
he visto con claridad
que Pablo viene engañado.
CEC. ¿Qué dice?
JAC. Y yo no transijo
conque en asunto tan grave
se le engañe; usted ya sabe
que le quiero como á un hijo;
y si el pobre viene ahora,
después de tanto penar,
creyendo que va á encontrar
una mujer que le adora,
yo cumplo con un deber
haciéndole que se entere
de que, si ella no le quiere,
no debe ser su mujer.
CEC. Pero...
JAC. No me contradiga.
Por cartas ya le he advertido;
él viene muy decidido,
pero hará lo que le diga;
y si sigue mi consejo,
Cecilia, ya usted verá
lo que el muchacho tendrá
que agradecer á este viejo.
CEC. ¿Qué va usté á hacer?
JAC. No lo sé;
pero hablar claro es mejor;
hágame usted el favor
de llamarlas.
CEC. ¿Para qué?

JAC. No debo, de ningún modo,
(Con mucha importancia.)
ocultar lo que sucede;
y á fin de que yo me quede
tranquilo, lo diré todo
CEC. Pues, ¿qué ocurre? (Alarmada.)
JAC. (Con tristeza cómica.) ¡Usted no sabe!
CEC. Pero... (Con inquietud.)
JAC. ¡Por Dios, vaya usté
y no se detenga, que
la cosa es urgente y grave!
(Mutis Cecilia, asombrada, izquierda.)

ESCENA VI

DON JACINTO

Veo que no me engañaba
y en mi idea me sostengo;
ya que por Cecilia tengo
el dato que me faltaba,
aplomo, serenidad
y á ver qué sale de aquí. (Pausa.)
¡Qué diferencia! ¡Esta sí
que le quiere de verdad
y que le dió su alma entera!
Y quizá ese desgraciado
pasaría por su lado
sin enterarse siquiera.
No, pues yo lo arreglo pronto
y á esa obligación me entrego;
porque si el amor es ciego,
el hombre, á veces, es tonto.
Por fortuna, estoy yo aquí,
y aunque mucho me ha costado
convencerle, ya he logrado
el que haga caso de mí;
así, pues, nada se espera
y va á comenzar la acción;
ánimo, resolución... (Santiguándose.)
¡y sea lo que Dios quiera!

ESCENA VII

DICHOS, JUANA, ADRIANA y CECILIA

JUANA Don Jacinto, ¿qué sucede?
ADRIA. Cecilia nos ha alarmado
CEC. Hable usted.
JAC. Sí, voy á hablar;
pero ante todo reclamo
paciencia, conformidad
y mucha presencia de ánimo.
(Con gravedad.)
JUANA ¡Ay, hijo, acabe usted pronto!
ADRIA. Ya comprenderá que estamos
impacientes
JAC. ¡Ya lo creo!
No es para menos el caso.
JUANA Está usté aquí hace una hora,
y nada nos ha indicado.
JAC. Porque tenían ustedes
visita; mas ya que estamos
reunidos y en familia,
prepárense... y ahí va el caso.
Recordarán que les dije
que Pablo había llegado,
y que yo me adelantaba
para servirle de heraldo,
con el fin de preparar
á ustedes...
ADRIA. (Con creciente interés todos.)
Sí. ¿Y qué ha pasado?
CEC. ¿Trae usted malas noticias?
ADRIA. ¿No ha venido?
CEC. ¿Es que está malo?
JAC. Calma, y escúchenme ustedes.
Dentro de muy poco rato
estará aquí entre nosotros...
pero...
JUANA ¿Hay un *pero*?... ¡Me escamo!
JAC. Pero... no debe olvidarse
que nuestro amigo ha luchado,
que ha defendido á su patria

con las armas en la mano,
que ha reñido cien combates
en aquel país ingrato...
en fin, que viene hecho un héroe...

ADRIA. Ya lo sabemos.

JUANA Al grano.

JAC. Pues bien; esos sacrificios
por la patria, cuestan algo,
y él, que le gustaba estar
en los puestos avanzados
y en los sitios de peligro...

JUANA Acabe usted...

CEC. ¿Qué ha pasado?

JAC. Los héroes pocas veces
(Sentenciosamente)
suelen resultar intactos.

ADRIA. ¡Ay, Dios mío!

CEC. ¿Viene herido?

JUANA ¿Está grave?

ADRIA. ¿Le falta algo?

JAC. No, no se alarmen ustedes;
no tiene importancia .. ¡Un brazo!

JUANA ¡Friolera!

CEC. ¡Qué desgracia!
¡Pobrecillo!

ADRIA. (Con desaliento y contrariada.)
¡Viene manco!

JAC. No, del brazo queda bien;
ya se lo han entablillado...
(Pausa corta, con cierta guasa y como recalcando.)
Lo peor es lo del ojo.

LAS TRES ¿Lo del ojo?

JAC. Un fogonazo
que por poco se lo vacia.

JUANA ¡Demonio!

A. y CEC. ¡Pobre muchacho!

JAC. No, no se asusten ustedes;
el doctor ha asegurado
que no es nada lo del ojo.

JUANA ¡Pero... hijo, está hecho un San Lázaro!

JAC. Ca, no, señora; en dos meses
dicen que estará curado. (Pausa)
¡Si no fuera por la pierna!...

JUANA ¿Cómo por la pierna?

JAC. Un casco
de granada que le dió...
¡y se le llevó un pedazo!
JUANA ¡Ay, hijo, pues si esto sigue
le va usté á traer en cuartos!
JAC. ¡Contratiempos de la guerra!
CEC. ¡Pobrecillo!
JAC. Pero, en cambio,
todos esos desperfectos
son testimonios gallardos
de su valor...
ADRIA. ¡No lo dudo!
¡Pues vendrá bueno el muchacho!
(Muy contrariada.)
JAC. Sí, señor; aparte de esto,
viene alegre y animado,
y sólo piensa en la boda...
ADRIA. ¿Sí?... Pues me parece extraño
que el pobre piense en casarse
tan pronto... y en tal estado.
JAC. Es lo natural, Adriana;
el corazón viene intacto.
ADRIA. (Aparte á Cecilia.)
Chica, pues me he divertido.
JUANA (Aparte á Adriana.)
¡Resignación!
CEC. (Aparte.) ¡Pobre Pablo!
JAC. Vaya, pues, con su permiso,
voy á buscar al inválido,
que llega detrás de mí
en el otro tren.
CEC. Pues vamos
á la estación. (Medio mutis con interés.)
JAC. (Deteniéndola.) No, señora;
quizá le causara daño
una impresión violenta;
yo le vendré preparando...
ADRIA. Sí, es mejor.
JAC. Y cuando llegue,
tengan ustedes cuidado;
nada de emociones bruscas,
ni de penas, ni de llantos:
hay que animar al enfermo
y consolarle.

JUANA ¡Pues claro!
JAC. Y no hablarle de la pierna,
ni del ojo, ni del brazo...
JUANA ¡Sí, hablaremos de lo poco (Con guasa.)
que el infeliz traiga sano!
JAC. Conque, hasta luego, y prudencia.
JUANA Puede usted ir descuidado.
JAC. (Saliendo.)
Si ella pensaba lucirle,
¡se ha lucido! (Mutis foro.)

ESCENA VIII

DOÑA JUANA, ADRIANA y CECILIA

CEC. (Á Adriana, que se pasea agitada.)
¡Vamos, ánimo!
¡No te apures!
JUANA ¡Ten paciencia!
¡Qué hemos de hacerle!
ADRIA. (De mal humor.) Sí, claro;
á ustedes no les importa
gran cosa; pero á mí, en cambio...
¿Dónde voy yo con un novio
todo desencuadernado?
CEC. Ya se curará, mujer.
JUANA Comprendo que el desencanto
ha sido atroz; tan buen mozo,
tan apuesto, tan gallardo...
¡y ahora vuelve el infeliz
que habrá que irle apuntalando!
CEC. ¡Cuánto habrá sufrido el pobre!
ADRIA. Es verdad; ya me hago cargo;
mas yo no tengo la culpa
ni voy á pagar el pato.
JUANA ¡Pobre chico! ¡Qué desgracia!
CEC. ¡Maldita guerra!
ADRIA. Y el caso
es que él viene muy dispuesto
á casarse.
CEC. ¡Toma! ¡Claro!
El cariño verdadero
nunca reconoce obstáculos.

ADRIA. Pero ha debido escribirme
y no ocultarme su estado.
JUANA El no te habrá dicho nada
por no darte ese mal rato.
ADRIA. Está bien, ¿pero ahora cómo
le digo que no me caso?
CEC. ¿Que no te casas?... (Con extrañeza.)
ADRIA. No, hija;
ni creo que pueda Pablo
exigirme el cumplimiento
de mi palabra.
JUANA Es un caso
excepcional.
ADRIA. Pues por eso.
JUANA El muchacho no ha faltado.
ADRIA. ¡Pero le han faltado á él
varios remos necesarios!
CEC. ¿Y eso qué importa?
ADRIA. Hija mía,
yo mi palabra le he dado
cuando el novio estaba... entero,
¡y ahora resulta que Pablo
es una aproximación
de marido!
CEC. Sin embargo...
me parece que está feo.
ADRIA. Pues por eso no me caso,
porque estará hecho una lástima,
debil, cojo, tuerto y manco.
CEC. Hablo de tu proceder.
JUANA ¿Qué va á decir el muchacho?

ESCENA IX

DICHAS y ANICETO

ANIC. ¿Se puede? (Desde la verja del foro.)
ADRIA. ¡Adiós, esta es otra!
JUANA Adelante. (Con indiferencia.)
ANIC. (Entrando.) ¿Cómo estamos?
(Pausa. Juana, Cecilia y Adriana están preocupadas. Aniceto les mira alternativamente.)
Las veo preocupadas. (Pausa.)

Adriana... (No me hacen caso)
Ustedes perdonarán,
pero si estorbo, me marcho.

JUANA No, hijo; ¿quiere usted callar?...

ADRIA. Siéntese usted. (Muy seria. Pausa.)

ANIC. ¿Pasa algo?
Parece que están ustedes
en un duelo.

JUANA ¡Quiá! Al contrario;
pues si estamos muy contentas,
¿verdad? (A Adriana, sonriendo.)

ADRIA. ¡Mucho, sí! (Con rabia.)

ANIC. (¡Es extraño!) (Sentándose.)

ADRIA. (Aparte á Cecilia.)
¡Qué vergüenza! Yo que había
ponderado tanto á Pablo..
¿Qué va á decir Aniceto
cuando le vea?

ANIC. (A Juana.) Este cambio
me sorprende, porque estaban
tan alegres hace un rato...

JUANA No le extrañe, es la emoción
de la llegada de Pablo.

ANIC. ¡Ah! ¿Ya ha venido el buen mozo?
(Movimiento de impaciencia de Adriana.)

JUANA Sí, señor; ahora han bajado
á *recogerle*.

ANIC. ¡Eh!... ¿Qué ha dicho?

JUANA Bueno... á recibirle.

ANIC. ¡Ah, vamos!
Pues hombre, me alegro mucho,
porque estaba deseando
conocerle y ¡admirarle!

ADRIA. (¡Qué vergüenza!)

CEC. (¡Ya empezamos!)

ANIC. Ahora veremos si es cierto
lo que Adriana me ha contado.
Quiero ver esos andares
salerosos y ese garbo, (Contoneándose.)
y aquella caída de ojos
que tanto me han ponderado.

JUANA ¡Ya lo creo! ¡Y tan *caída!*

ADRIA. Cállese usted... (Contrariada.)

ANIC. Ya me callo.

ESCENA X

DICHAS y por el foro DON JACINTO y PABLO. Este último lleva muleta; el brazo izquierdo en cabestrillo y una venda que le cubre un ojo. Anda con dificultad y se apoya en Jacinto

JAC. (Dentro.)
¡Por aquí! ¡Cecilia, Adriana!
JUANA Ya están ahí. (Levantándose y yendo al foro.)
CEC. ¡Llegó el momento!
JUANA ¡Adelante!
ADRIA. ¡Qué tormento!
JUANA ¡Pablo!... (Abrazándole con cuidado.)
PABLO ¿Qué tal, doña Juana?
¿Y tú?... (A Adriana.)
ADRIA. ¡Pablo!...
CEC. ¡Qué alegría! (Yendo á abrazarle.)
JAC. ¡Cuidado! ¡Mucho cuidado!
(Don Jacinto se interpone para que no le abracen.)
PABLO ¡Cecilia!... (Saludándola con efusión.)
JAC. Estás delicado,
no estás fuerte todavía. (Tirando de él.)
PABLO ¡Déjeme usted, vive Dios!
La alegría es natural.
(Colocándose muy contento entre Adriana y Cecilia.)
ANIC. (Que desde que entró Pablo manifiesta asombro extraordinario; aparte á Juana.)
¿Y este es el novio?
JUANA Sí, tal.
ANIC. Pues... ¡apaga y vámonos!
(Procurando contener la risa.)
PABLO (A Adriana.)
Vaya, alégrate, mujer;
ya estoy de nuevo á tu lado.
(Las figuras quedan colocadas por este orden de izquierda á derecha. Cecilia, Pablo, Adriana, don Jacinto, Juana y Aniceto.)
ADRIA. El verte me ha impresionado,
como puedes suponer.
PABLO Sí, Adriana, tienes razón;
por eso me ha precedido
don Jacinto; no he querido

que tu primera impresión
fuese ver de tal manera
á un novio que ha regresado
un poco deteriorado.. (Con guasa.)

ANIC. (Aparte.)
¡Dice un poco! ¡Friolera!

JAC. Pues no te encuentro tan mal.
(Haciendo señas á las señoras.)

JUANA Claro que no.

JAC. (Aparte á Juana y Aniceto.) Hay que animarle.

ANIC. Sí, está bien... (¡Para llevarle
ahora mismo al hospital.)

PABLO Pero, en fin, basta de hacer
comentarios; ya estoy fuerte
y bendiciendo mi suerte
porque el volverles á ver
me indemniza con exceso
de todo lo que he sufrido;
¡por algo me ha mantenido
la esperanza del regreso!
(En tono muy cariñoso y dirigiéndose á Adriana; siguen hablando por lo bajo, y en este momento don Jacinto hace señas á Cecilia, Juana y Aniceto para que se acerquen á él, dejando solos á Adriana y Pablo. se retira á un lado este grupo y don Jacinto les dice en voz baja:)

JAC. Creo que es cuestión de irse.

JUANA Sí, es un caso de conciencia.

JAC. Después de tan larga ausencia
tendrán mucho que decirse.
(Juana asiente con la cabeza y se dirige á Pablo y Adriana, que siguen hablando por lo bajo.)

JUANA Os dejamos un momento.

PABLO ¿Tanto tiene usted que hacer?

JUANA Es que quiero disponer
yo misma tu alojamiento.

PABLO Mil gracias, eso me alegra,
querida suegra...

JUANA (Aparte á Jacinto.) ¿Eh? ¿Qué tal?...

ADRIA. (Aparte y contrariada.)
¡Válgame Dios y qué mal
me ha sonado eso de suegra!
(Mutis primera izquierda doña Juana y Cecilia.)

JAC. Oiga, pollo. (A Aniceto.)

ANIC. Mande usté.
JAC. ¿Quiere un rato acompañarme
y de camino enseñarme
eso del cerro?
ANIC. Sí, á fe.
ADRIA. (¿Se marchan? ¡Qué compromiso!)
PABLO (¿Nos dejan solos? ¡Mejor!)
ANIC. (A Pablo.)
¡Caballero!
PABLO (A Aniceto.) ¡Servidor!... (Saludándose.)
ANIC. (Pasando al lado de Adriana.)
Felicitarla es preciso
y lo hago de muy buen grado,
pues la cosa lo merece.
(Con sorna. Estrechándole la mano. Por lo bajo.)
¡Ah!... ¡Y conste que me parece
un Apolo algo averiado!
JAC. (Aparte á Pablo.)
Te dejo con la coqueta;
fíjate en lo que te he dicho.
(Asentimiento de Pablo.)
Si se descompone el bicho ..
¡para eso tienes muleta!
(Mutis foro don Jacinto y Aniceto.)

ESCENA XI

ADRIANA y PABLO. Este la contempla un momento; ella baja los ojos con cierta turbación. Pausa corta

ADRIA. ¡Dios mío! ¿Qué le diré?
PABLO ¿Sabes que observo una cosa?...
ADRIA. (Aparte.)
¡Adiós!..
PABLO Que estás más hermosa
que cuando yo te dejé. (Apasionado.)
ADRIA. ¡Lisongero!
PABLO Sí, es verdad;
mas, ¿no he de ser lisongero,
si en ese rostro hechicero
veo mi felicidad?
ADRIA. (Aparte y mirándole con tristeza.)
¡Dios mío, qué diferencia!

PABLO Cuando tan lejos me hallaba,
con tu recuerdo alegraba
los pesares de la ausencia;
y en el lecho del dolor,
si recordaba tu acento,
¡ese era el medicamento
que me sentaba mejor!

ADRIA. ¡Ay, Pablo! Al volverte á ver,
yo sí que puedo decir:
¡Ojos que te vieron ir,
cómo te han visto volver! (con tristeza.)

PABLO Ya comprendo que mi estado
no es para dar alegría;
mas, son quiebras, hija mía,
del oficio de soldado,
y no debes tener pena,
que el sufrir no me acobarda;
ya ves, en cambio, me aguarda
ahora una existencia llena
de alegrías... un edén...
¡Siempre al lado de una esposa
complaciente y cariñosa,
que me cuidará muy bien!
(Acercándose con mimo; ella le escucha violenta y contrariada.)
¿no es verdad?

ADRIA. Sí, es una vida
agradable.

PABLO Ya lo creo;
y apacible.

ADRIA. Sí, ya veo
que voy á estar divertida

PABLO Supongo que estarán todas
las cosas como se debe,
para que en un plazo breve
se celebren nuestras bodas. (Pausa.)

ADRIA. De eso, bien á mi pesar...
(Dudando y como no atreviéndose.)
y si no has de disgustarte...
Pablo .. quería yo hablarte...

PABLO Bien, ya puedes empezar.

ADRIA. La confesión es precisa,
en contra de mi deseo;
(Hablando con cierto temor.)

mas yo, francamente, creo
que no corre tanta prisa.

PABLO ¿Cómo?...

ADRIA. Tú estás delicado,
y debemos esperar.
¿Conviene precipitar
las cosas en tal estado?
Creo que de ningún modo,
y por eso te lo digo;
mi anhelo es ver si consigo
el que estés bueno del todo,
y si juzgas sin pasión,
comprenderás que esto es,
más que falta de interés,
exceso de precaución.

PABLO ¡Qué proceder tan distinto!

ADRIA. Yo por tu bien te lo advierto.

PABLO (Aparte.) Veo que resulta cierto
lo que decía Jacinto.
¡Qué contraste tan hermoso!
Yo, anhelante por llegar;
(Con amargura y reproche.)
tú, empeñada en retrasar
el momento venturoso.

ADRIA. Es tan solo una opinión.

PABLO Opinión que yo respeto. (Disgustado.)

ADRIA. Si no aceptas, me someto
con gusto á tu decisión. (Resignada.)

PABLO No, Adriana, de ningún modo;
en eso estás engañada;
yo, por obediencia, nada;
por amor, lo quiero todo.
En fin, de todas maneras
no pienso violentarte.
¿Ahora, no quieres casarte?
Pues será cuando tú quieras.

ADRIA. Sentiré que te disgustes.

PABLO Basta; me encuentro cansado;
si mi cuarto está arreglado,
descansaré. (Medio mutis izquierda.)

ADRIA. (Acompañándole.)
Cuando gustes.
(En la puerta y con mimo.)
¿No me guardas rencor, pues?

PABLO No, hija; si me has convencido;
estoy muy agradecido
(Sonriendo con amargura.)
á esta muestra de interés. (Mutis.)

ESCENA XII

ADRIANA

Yo lo siento, la verdad.
¡Es tan bueno el pobrecillo!
Pero si él lo piensa un poco,
ha de comprender, de fijo,
que no me falta razón,
aunque le tenga cariño.
Yo lamento la desgracia.
Ya lo creo. ¡Pobre chico!
Y como amigo, le quiero,
y como héroe, le admiro;
mas como esposo. . incompleto,
¡vamos, que no me decido!

ESCENA XIII

DICHA y DOÑA JUANA y CECILIA, primera izquierda

JUANA ¿Terminó la conferencia?
CEC. ¿Qué ha pasado?
JUANA ¿Qué le has dicho?
ADRIA. ¡Ay, mamá, he llevado un rato
desagradable, malísimo!...
JUANA Lo comprendo. ¡Ya lo creo!
ADRIA. ¡Si vieras qué compromiso!
El viene tan cariñoso
como siempre, y decidido
á casarse por la posta.
CEC. Pero, bien, ¿tú, qué le has dicho?
ADRIA. Pues le he hablado con franqueza,
diciéndole que es preciso
el que aplacemos la boda
por un tiempo indefinido.
CEC. ¿Y has tenido valor?... (Con asombro.)
ADRIA. ¡Claro!...
JUANA ¡Qué disgusto!... ¡Pobre chico!...

CEC. ¿Y qué ha contestado?
ADRIA Nada;
él se sorprendió al principio
y pareció disgustarse;
pero luego ha comprendido
la razón que me asistía,
y al despedirse me ha dicho
que agradece mi interés
y que esperará tranquilo.
JUANA Pues estás de enhorabuena.
CEC. Y él también lo está. (Recalcado.)
ADRIA. (Sin comprender la frase.) De fijo;
el primer paso está dado;
ahora lo que necesito
es que una persona ajena,
por ejemplo, don Jacinto,
remache el clavo...
CEC. (Con intención.) Sí, justo,
y está muy bien elegido
el mediador, que él conoce
demasiado tus instintos.
JUANA ¡Claro! Estaba en el secreto
y se figuró el conflicto.
ADRIA. Aquí viene. ¡Qué oportuno! (Yendo al foro.)
JUANA ¡Don Jacinto!
(Llamándole en voz baja y haciéndole señas.)
ADRIA. ¡Don Jacinto! (Idem íd.)
Venga usté inmediatamente.

ESCENA XIV

DICHOS, DON JACINTO y ANICETO

JAC. ¿Qué ocurre?
ANIC. ¿Qué ha sucedido?
ADRIA. Que para las ocasiones
dicen que son los amigos.
JAC. Bien, ¿y qué?
ADRIA. Que si usted quiere
va á prestarme un gran servicio.
He hablado á Pablo.
JAC. ¿Sí, eh?
ADRIA. Y casi le he convencido
para aplazar nuestra boda. (Muy alegre.)

ANIC. Muy bien.
ADRIA. Pero ahora es preciso
que usted, que ejerce influencia
sobre él, y que es su padrino,
su tutor, su consejero ..
JAC. Bueno, etcétera, es lo mismo.
ADRIA. Le hable usté y con cierta maña,
buscando un pretexto digno,
le obligue usté á que desista
por completo.
JAC. (Con guasa.) ¡Muy bonito!
ADRIA. Y ya en el último extremo
le dice usted, si es preciso,
que yo, en vista de su estado
y sintiéndolo muchísimo...
le devuelvo su palabra.
CEC. (¡Pobre Pablo!)
ANIC. ¡Muy bien dicho!
como que eso no es un novio,
¡eso es un Museo clínico!
JAC. (A Adriana.)
De manera que usted quiere
salvarse del compromiso,
y desea usted que yo
le de la boleta al chico...
¿no es verdad? Pues... con franqueza,
yo no acepto el encarguito.
(Con sorna.)
Usted que es la interesada
es la que debe decírselo;
y si no... aquí está su madre,
(Señalando á Juana.)
JUANA (Rápidamente.)
¡A mí no meterme en líos!
JAC. Pues entonces... (Con mucha intención.)
que Cecilia,
nos saque de este conflicto.
ADRIA. Es verdad. (Muy contenta, volviéndose á ella.)
JUANA Muy buena idea.
CEC. ¿Quién, yo? (Sorprendida.)
ADRIA. Siempre te ha querido.
JUANA Os habeis criado juntos.
ADRIA. Habeis jugado de niños...
CEC. Sí, todo eso será cierto,

pero como yo no opino
igual que ustedes...

ADRIA. No importa;
es un favor que te pido;
todo lo que tú le digas
lo haces por encargo mío.

CEC Sí, pero vengo á ser cómplice
de algo.. que yo creo indigno.

ADRIA. ¿Cómo?...

CEC. Que yo aceptaría
siendo el recado distinto,
diciéndole... lo que yo
en tu puesto hubiera dicho.

ADRIA. ¿Y qué es lo que tú dirías
en mi lugar?

CEC. Muy sencillo;
le diría: «Mira, Pablo,
muy grande era mi cariño,
pero si antes te adoraba,
hoy te adoro, ¡y hoy te admiro!
¡No sientas tus desventuras,
ni sientas cómo has venido...
para mí, eres siempre Pablo,
para mí, eres siempre el mismo!
¡Menguado amor el que sólo
mira los encantos físicos!
¡Pensaba yo ir orgullosa
de tu brazo, y hoy bendigo
el honor de que tú puedas
ir apoyado en el mío!
Pues prefiero que las gentes
en vez de admirar tu tipo
y decir: «qué gallardía,
qué oficial tan distinguido,»
exclamen: «ese es un héroe,
por su patria se ha batido...
¡Bendita sea la madre (Con calor.)
que produce tales hijos!»
Conmigo vas á tener
veneración y cariño,
y para pagarte ahora
lo mucho que me has querido,
he de ser tu esposa amante
y además, tu lazarillo, (Con apasionada dulzura.)

y tu amorosa enfermera,
que te cuidará con mimo...
¡quiero ser, en fin, tu Hermana
de la Caridad!

JAC. (Aparte con entusiasmo)
¡Bien dicho!
¡Menudo abrazo la daba
si no estuviera mal visto!

CEC. Si ha de ser ese el recado
llamadle. (Con energía.)

ESCENA XV

DICHOS y PABLO, que aparece izquierda, al terminar Cecilia su parlamento

PABLO No necesito
que me avisen; muchas gracias.

ADRIA. / JUANA } ¡Pablo!

PABLO Estaba prevenido
porque en estas ocasiones
nunca falta un buen amigo
que nos dé la voz de alarma
en momentos de peligro.
Bien, Cecilia.

JUANA / ADRIA. } ¡Nos oía!...

PABLO Por fortuna, lo he escuchado
todo, y ya estoy enterado
de lo que saber quería.

ADRIA. Es que...

PABLO Ya nada hay que hacer;
me lo habían advertido
pero... ¡tanto te he querido (A Adriana)
que no lo llegué á creer!
Me habéis dado una lección
que aprovecharé en su día,
tú, con tu coquetería, (A Adriana)
y ella con su abnegación. (Por Cecilia.)
Tú, con tu cariño fiel, (A Cecilia.)
me has hecho que lo comprenda;
¡tú me has quitado la venda!

ANIC. (¡Sí, que más quisiera él!)
PABLO Tú me quieres de verdad (A Cecilia)
y yo tu amor olvidaba,
sin comprender que en tí estaba
toda mi felicidad.
Ahora que advierto mi error,
vuelvo contrito á tu lado,
y humilde y enamorado
entono el «Yo pecador.»
A tu afecto generoso
deseo corresponder:
¿te avienes, Cecilia, á ser
la enfermera de tu esposo?..
(Tendiendo la mano.)
CEC. ¡Con el alma!
PABLO ¿Sí?... Pues ven,
¡voy á presentarte á Adriana
como esposa... y como Hermana
de la Caridad también!
ADRIA. Pues que sea enhorabuena.
JUANA La elección me satisface.
JAC. Sí, es una rival que le hace
(Con guasa, por Adriana.)
dejar el novio sin pena.
ANIC. Y además que de ese modo
puede ejercer el sagrado
ministerio, ¡en su adorado
que es un hospital con todo!
PABLO ¡Insolente!
JUANA ¡Qué animal!
JAC. ¡Este muchacho es un fresco!
PABLO ¡Aguarda que si te pesco
yo te daré el hospital!
(Tira la muleta, saca el brazo del cabestrillo, se quita la venda que le cubría el ojo, y se arranca tras de Anicetto, que huye por el foro asustado. Todo esto muy rápido)
ANIC. Ya se ha curado, ¡socorro!...
CEC. ¿Pero qué es esto? (Asombro en todos.)
ADRIA. ¿Has mentido?
PABLO ¡Sí, ya me he restablecido
y ahora salto, brinco y corro!
ADRIA. ¡Era un engaño!...
JAC. Sí tal;

fué un consejo de este viejo,
y yo creo que el consejo
no le ha salido tan mal.

JUANA (Aparte á Adriana.)
¡Valiente plancha, hija mía!...

PABLO ¡Y ahora, Cecilia, un abrazo!...
¡Ya ves que puede mi brazo
sostenerte todavía! (Estrechándola con efusión.)

JAC. ¡Vaya, no se hable más de eso!..
quedamos en que al casarse
es preciso prepararse
y hacer examen de ingreso.
(A Juana.)
Ya se habrá usted convencido,
en vista de este fracaso,
de que si ella me hace caso,
no la hubieran suspendido;
(A Adriana.)
prepárese usted mejor
y la aprobarán quizás;
¡hay que estudiar mucho más
en el libro del amor!

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Pescar en seco.—Comedia en un acto y en verso.
Frutos coloniales.—Zarzuela íd. íd.
Curriyo el Esquilaor.—Parodia de *San Franco de Sena.*
La pequeña vía.—Revista.
Carambola rusa.—Zarzuela.
La Iluminada —Parodia de *La Bruja.*
Timos conyugales.—Zarzuela.
¡Pum!—Juguete cómico-lírico.
Juzgado municipal.—Sainete lírico.
Redoble.—Juguete cómico en prosa.
Los Reyes Magos.—Bufonada cómico-lírica.
¿Quién es el calvo? (1).—Juguete lírico.
El día de la Ascensión (2).—Zarzuela.
Miss Erere.—Parodia de *Miss Helyett.*
Los juicios del día.—Sainete lírico.
Fantasía morisca.—Zarzuela.
La venida de Jesús ó la estrella con rabo (3).—Apropósito.
La del capotín ó con las manos en la masa.—Parodia de *La de San Quintín.*
Las hojas del calendario (4).—Revista cómico-lírica.
El muñeco.—Bufonada lírico-fantástica.
Los Africanistas (4).—(Tercera edición). Humorada en un acto y tres cuadros.
Cepa-Club (5).—Extravagancia en un acto y cinco cuadros.
Números primos.—Juguete cómico-lírico.
Academia de hipnotismo.—Juguete cómico-lírico.
Mancha, limpia... y da esplendor. —Parodia del drama *Mancha que limpia.*
La esposa del Señor.—Zarzuela cómica en un acto y en verso.

Tortilla al ron.—Zarzuela bufa en un acto y en verso.
Cerveza amarga.—Juguete cómico-lírico en un acto.
Plan de campaña.—Juguete cómico en un acto.
La cueva del lobo.—Zarzuela en un acto y tres cuadros.
Los adelantos del siglo.—Humorada en un acto y tres cuadros.
Los toros sueltos.—Zarzuela cómica (6).
El mentidero.—Revista cómico-lírica en un acto y cinco cuadros (Segunda edición refundida) (4).
Sonambulismo.—Diálogo cómico en verso.
El paraiso perdido —Bufonada en un acto y tres cuadros (7).
El sueño de una noche de verano —Fantasía cómica (8).
El Rey de Lydia —Comedia en un acto y en verso. (Segunda edición)
Cytrato?... ¡De ver será!—Parodia de *Cyrano de Bergerac* (8).
La feria de Sevilla —Humorada en un acto y tres cuadros, en verso y prosa.
Fruta del tiempo.—Apuntes para escribir una fantasía cómico-lírica-invernal en un acto dividido en cuatro cuadros y un prólogo, en prosa y verso.
¡A cuarto y á dos!...—Zarzuela cómica en un acto y tres cuadros en verso parodia del drama lírico *La cara de Dios* (8).
El cuerno de oro.—Zarzuela cómica en un acto original, y en verso (9).
Pajarita de las nieves.—Comedia en un acto y en verso.
Electroterapia, humorada en un acto y tres cuadros, en verso, parodia de *Electra.*
La hermana de la Caridad, comedia en un acto y en verso.

---

(1) En colaboración con D. Enrique Zumel. (2) Idem id. con don Salvador Granés. (3) Idem con Fernández Caballero (hijo). (4) Idem con López Marín. (5) Idem con Limendoux y Rojas. (6) Idem con Jiménez-Prieto. (7) Idem con Jackson Veyán. (8) Idem con Celso Lucio. (9) Idem con Calixto Navarro.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

3 0112 117458114

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.